

PUNTOS DE SUSCRICION.

Administracion, Redaccion e Imprenta de EL CUARTEL REAL, calle de la Rondilla, núm. 8, Tolosa.

PRECIOS DE SUSCRICION.

En las provincias Vascaas, 16 rs. tres meses: 30 semestre y 50 un año.



EL CUARTEL REAL.

SECCION OFICIAL.

S. M. el Rey nuestro Señor (Q. D. G.) continúa sin novedad al frente de su leal y valeroso ejército.

SECCION NO OFICIAL.

VIAJE DE S. M. A GUERNICA, MUNDACA Y BERMEO.

Hay escenas que por su grandiosidad e interés es imposible describir las fielmente; pero que si una mano hábil acierta a trasladarlas al papel con todos sus detalles y minuciosidades, los que las leen las consideran cuentos exagerados.

Al número de las escenas indescriptibles corresponden las que nosotros hemos presenciado durante el viaje del Rey de España por las bellísimas y pintorescas villas de Guernica, Mundaca y Bermeo.

Nosotros hemos presenciado entusiastas ovaciones en Estella, en Viana, en Puente la Reina y en algunos otros puntos visitados por el Rey D. Carlos; pero nada hemos visto que pueda compararse al recibimiento hecho a S. M. en las citadas villas.

El día 4, inopinadamente y sin que nadie tuviera conocimiento de su proyecto, S. M., acompañado de su augusto padre, de dos ayudantes, cuatro oficiales de órdenes y seguido del real cuerpo de guardias a caballo, salió de Durango a las nueve de la mañana.

Luno y Guernica, pueblos incrustados el uno en el otro como se incrustan en un tablero las pequeñas piezas de marfil, aguardaban con ansia la llegada de su Rey querido.

Las autoridades todas esperaban a S. M.; a quien felicitaron calurosamente, mientras militares de bocas prorumpían en estrepitosas aclamaciones que inundaban el espacio.

Después de almorzar SS. MM. y cuantos tuvieron la honra de acompañarles, los ilustres viajeros continuaron su expedición en carruaje, atravesando sin detenerse la villa de Mundaca.

Aquí es donde realmente empieza la ovacion mas conmovedora y brillante que imaginarse puede, tanto mas, cuanto que todos habían creído hasta hoy que los pueblos de la costa no eran de los mas adictos a la causa y persona de S. M.

Seria inútil tarea tratar de sujetar a reglas y método la relacion de las escenas a que ha dado lugar la estancia de SS. MM. en esta costa.

Arco de triunfo, gallardetes de todos colores, cubiertos los edificios con ricas colgaduras, atronadores cohetes rasgando el espacio, las campanas volteando prodigiosamente, y en medio de tanta animacion y belleza, millares de personas aclamando con delirante entusiasmo al Rey, a su augusto padre a la reina, a los infantes, a la Religion, a España y a sus fueros.

Nosotros oímos en este dia de los labios de un distinguido legitimista de Francia que acompañaba a SS. MM., estas palabras que son una verdad exactísima:

«Ningun soberano ha tenido ni podrá tener jamás una ovacion tan espontánea y magnífica como esta; Napoleón I en los dias de sus grandes victorias no alcanzó nunca un triunfo popular de esta naturaleza.»

Sin embargo de ir en carruaje, difícilmente pudieron llegar SS. MM. a la hermosa iglesia parroquial, a cuya puerta les aguardaba el respetable clero de la misma, cubierto de sagradas y ricas vestiduras, sosteniendo un pálido magníficamente bordado, bajo el cual adelantaron SS. MM. hasta el presbiterio, en donde se elevaba un bonito solio, que ocuparon, mientras una multitud inmensa se disputaba

la entrada en la iglesia, en la cual se cantó un solemne Te-Deum.

A la salida se repitieron con extraordinaria energia los hurraas, los disparos de cohetes y volteo de campanas, y para comprender qué género de entusiasmo dominaba a todas las gentes, bastará decir que desde la iglesia hasta la casa consistorial tardó en llegar el Rey quince minutos, ó acaso más; cuando ambos edificios los separa una distancia de veinte ó treinta metros.

En el salón de sesiones, en el cual se ve un bien acabado retrato del inmortal autor de «La Araucana» distinguido hijo de Bermeo, recibió S. M. a todas las corporaciones, dirigiéndose luego en coche a su alojamiento, pues de otra manera ya habria sido de noche cuando llegase a él.

A poco tiempo S. M. salió a pié de su casa, dirigiéndose a la Atalaya, e inmediatamente vióse rodeado de millares de personas de todas edades y condiciones, que le obstruían el paso por besarle la mano, siendo inútiles cuantos esfuerzos hacian los que le acompañaban para apartar a aquel pueblo entusiasta del lado de su Rey, a quien aturdián con sus incesantes gritos y aclamaciones.

Desde la Atalaya vió S. M. algunos vapores de guerra, los mismos sin duda que a la entrada de la villa se presentaron a su vista, y convencida debió quedar su tripulacion de que el Rey pernoctaba en Bermeo, puesto que durante la noche seis de ellos no se apartaron de aquellas aguas, pero sin hacer ofensa ninguna.

Aplaudimos sinceramente la conducta de la marina en esta ocasion, y hubiéramos lamentado de todas veras que obligasen a nuestros cañones a repetir el terrible escarminio de Motrico.

Hicieron bien en respetar al Rey, que ama a todos los españoles, y que, por lo mismo, no deja jamás impunes los atropellos verificados contra pueblos indefensos. Después visitó S. M. el hospital, dando consuelos a los pocos heridos y enfermos que en él habia, y dejando allí, como en todas partes, muestras de su inagotable munificencia.

A las once y media del siguiente dia oyeron misa SS. MM. en la iglesia parroquial, repitiéndose a la entrada y salida del templo iguales entusiastas aclamaciones que el anterior.

Desde aquí, acompañados del clero, ayuntamiento y comandante militar, y seguidos de todo un pueblo, se dirigieron al embarcadero, entrando en una lancha empavesada con banderolas y otros trofeos, ondeando al viento sobre popa la bandera española.

El mismo pueblo que le seguia colocóse rápidamente sobre los murrallones de los diques, y mil y mil voces poblaron el espacio, hasta el extremo de hacer imperceptible el imponente rumor de las olas del mar, que se estrellaban en los peñascos enclavados en sus crillas.

Todavía se escuchaba el eco de aquellas voces, cuando eran apagadas por otras mas próximas y por el estallido de numerosos cohetes que sahan de las infinitas lanchas henchidas de gente, que a todo remo se acercaban al bote Real, ansiosas estas de saludar al Rey de España, a quien han confiado la defensa de su dignidad, de su honra y de su porvenir. En las riberas veíanse tambien centenares de campesinos que habían abandonado un momento el arado para ver a su Rey querido, y pañuelos y boinas se agitaban en todas direcciones cuando comprendian que su voz no podia llegar a los oidos del amado Monarca.

De esta manera, y sin que ni un solo instante se interrumpiesen las muestras de amor y respeto, el bote que conducía a S. M. penetró en los diques de Mundaca, en donde le aguardaban iguales ó mas entusiastas demostraciones.

Desembarcó para ir inmediatamente a la iglesia, repitiéndose parecidas aclamaciones que en Bermeo. Mundaca y Bermeo son desde tiempo inmemorial dos pueblos rivales, como lo demuestra el hecho siguiente:

Hacia muchos años que, ambos pueblos sostenian un pleito sobre el mejor derecho de cada uno de ellos a la posesion de un islote situado a igual distancia de ambos contendientes.

Cansados de esperar la terminacion del pleito, que como todos en España tienen carácter de perpetuidad, decidieron jugar la propiedad del islote a unas regatas, colocándose una lancha de cada pueblo con igual numero de remeros a la salida del mismo, teniendo por término de su carrera el islote en litigio. La suerte, la habilidad ó la fuerza estuvo de parte de Bermeo, y desde entonces disfruta este tranquilamente la propiedad tan disputada.

Su amor a la Monarquía legítima de una parte, y la rivalidad con su vecino de otra, hicieron sin duda que el pueblo de Mundaca preparase al Rey un recibimiento tan ruidoso como las olas que en él se estrellan de continuo.

Agobiado, fatigado, rendido, llegó S. M. al alojamiento que se le habia preparado, en medio de una multitud delirante.

Nuestra relacion seria interminable si hubiésemos de continuar dando cuenta detallada del viaje de S. M., por lo cual abreviaremos cuanto podamos nuestro relato.

A las tres y media se embarcó S. M. con rumbo a Guernica, y a las cuatro y media el bote Real entraba en la ria, cuyas orillas estaban literalmente llenas de gente de todos los pueblos y caserios inmediatos.

Esta ria, que es un verdadero laberinto, va serpenteando en una estension de cinco ó seis millas hasta llegar a Guernica.

El bote Real avanzaba majestuosa y gallardamente por aquellas rápidas y multiplicadas encrucijadas, y ora se ocultaba a la vista de los que le contemplaban, ora aparecía con dobles brios, semejando un monstruo marítimo que se entretuviera en sumergirse y en aparecer, para volver al fondo nuevamente y otra vez salir a la superficie de las aguas.

Igual espectáculo ofrecían los pueblecillos y valles, según el lugar en donde el bote se encontraba. A las seis de la tarde desembarcó S. M. en Guernica, que en esta ocasion no quiso ser segunda en demostraciones de amor y respeto hácia su augusto Soberano.

SS. MM. montaron en su carruaje, acompañados del general Tristany, y seguidos de otros ocupados por el general Berriz, dos legitimistas extranjeros y los oficiales de órdenes de S. M., llegaron a Durango a las nueve de la noche.

Hemos procurado describir con alguna exactitud el viaje de S. M. a las villas de Guernica, Mundaca y Bermeo; pero seguros estamos de que sus habitantes encontrarán nuestra relacion pálida y desaliñada.

Esto consiste en que, como dijimos al principio, hay escenas imposibles de describir con exactitud.

DESPEDIDA DE LA JUNTA GENERAL DE MERINDADES DEL SEÑORIO DE VIZCAYA DE S. M.

Hay dias eternamente memorables para los príncipes y para los pueblos: tal sera en lo sucesivo para la monarquía legítima y para el Señorío de Vizcaya el 5 de Junio de 1875.

Después de la entusiasta acogida que tuvieron SS. MM. el Rey nuestro Señor (Q. D. G.) y su augusto padre en los pueblos que se vieron honrados con su visita el viernes y sábado último; después de las aclamaciones de Bermeo; después del frenesi de Guernica, otra escena no menos conmovedora y solemne esperaba a SS. MM. a su llegada a Durango.

La junta general de Merindades del Señorío de Vizcaya habia solicitado, antes de disolverse, la honra de saludar y ofrecer nuevamente los sentimientos de su adhesion, de su lealtad y de su amor inquebrantables a su augusto Rey y Señor. Además, habiendo sido su último acuerdo no perdonar medio ni esfuerzo para conseguir el pronto y feliz término de la guerra, queria tener la dicha y la honra de ser ella misma a que pusiera en conocimiento del generoso y esforzado monarca, que tan caballerosa y denodadamente pelea en defensa de la Religion, de la Patria y de los fueros, hasta qué punto puede contar con el noble y decidido concurso del pueblo vizcaíno.

El Rey, sensible como siempre a los testimonios del amor y lealtad de sus pueblos, acordó apresurar su regreso a Durango, para satisfacer los deseos de la Junta de Merindades. Este es el motivo de que haya sido tan breve su última expedición a la costa: Y de tal manera deseaba S. M. manifestar su gratitud y amor al pueblo vizcaíno, y tan presentes eran en su ánimo los deseos de la junta, que no obstante haber dado en la madrugada del viernes al corregidor de Vizcaya, conde del Pinar, las órdenes convenientes para que la recepcion tuviese lugar el sábado por la noche, de previno por telegrafo en la tarde de este mismo dia le esperase en Palacio a su regreso, para fijar la hora en que tendria lugar la recepcion.

Llegado a Durango, quiso recibirla en el acto; pero habiéndosele hecho observar la dificultad de avisar inmediatamente a todos los apoderados, señaló la hora de las diez.

Imposible es describir todo lo interesante y tierno de la ceremonia. A la hora señalada se llenaron completamente las espaciosas habitaciones que ocupa S. M. en la casa de la Exema. Sra. Viuda de Orue, pues habiendo venido esta vez a la Junta apoderados de casi todos los pueblos de Vizcaya, no bajaba de 150 el número de los concurrentes.

Inmediatamente se presentó S. M. sin acompañamiento alguno, revelándose en su semblante el gozo que experimentaba al verse rodeado de aquella numerosa multitud de fieles vizcaínos.

A la espontánea manifestacion de alegría que produjo en todos la presencia de S. M., siguió una breve arenga del Corregidor de Vizcaya, que se dirigió al Rey en los términos siguientes:

«Señor: La Junta general de Merindades de vuestro M. N. y M. L. Señorío de Vizcaya que en momentos solemnes vino, al inaugurar sus trabajos, a ofrecer a L. R. P. de V. M. los sentimientos de su profunda adhesion y de su lealtad firmísima, tiene la honra, después de terminada su mision, de reiterar a V. M. esos mismos sentimientos, y asegurarle que Vizcaya no cesará en un momento en la lucha, ni perdonará medio ni esfuerzo hasta que tenga la dicha de ver sentado a V. M. en el Trono de sus mayores.»

S. M., visiblemente conmovido, contestó en un tono de espresiva amabilidad, que cautivó vivamente a todos los señores apoderados, con estas sencillas y elocuentes palabras:

«Agradezco con todo mi corazon los sentimientos de la Junta general de Merindades de que acaba de ser intérprete el Corregidor de Vizcaya, así como agradezco todas las pruebas de lealtad y adhesion que ella me ha dado. No puedo olvidar el dia en que, después de la retirada de Bilbao, os presenté a este ofrecirme con mas valor y decision que nunca, en nombre del pueblo vizcaíno, hasta el último hombre y el último real. La emocion que entonces experi-

